

A Dios podemos llamarle padre

El cristianismo nos revela un misterio sublime, que nunca filosofía ni religión alguna pudo siquiera sospechar. Se trata del misterio de la paternidad divina. Fue Cristo quien al revestirse de nuestra misma naturaleza se hizo uno con nosotros, haciéndonos participes de su divina filiación, por ello cuando habléis con Dios, nos dice, llamadle padre. Padre que nos hermana a todos los hombres en la más alta dignidad compartida. Es inútil buscar en otros humanismos bases más firmes para fundamentar la dignidad humana o proclamar la afirmación del hombre.

Inmersos en la plenitud de este misterio, más que hombres, somos seres de Dios y para Dios.

Conozco la objeción de nuestro tiempo, que interpreta el parentesco divino como un sutil pretexto para el alejamiento del mundo y olvido de los demás hombres, como si el amor a Dios y el amor al hombre no fueran partes de un mismo todo.

Se ofende la verdad cuando se dice que el misterio de la paternidad divina es un refugio en el que se esconden estrecheces y mezquindades humanas. Lo que sucede es que desde la ciencia o la filosofía no se puede penetrar en un misterio que solo es asequible por la fe.

Al padre del psicoanálisis debió parecerle una sublimación religiosa que rebasaba todos los límites. ¿ Como explicarlo? Se hacia necesario recurrir al desamparo infantil que suscita la nostalgia por el padre. Sentimiento que sobrevive a la infancia, reanimado por la angustia ante la omnipotencia del destino. Así de fácil es esto para Freud.

Tampoco Unamuno por más que lo intentara, pudo consolarse en su trágica angustia, con la imagen de un Dios paternal o mejor maternal, como hubiera sido su deseo, porque le faltó la fe. Para él tan solo fue un maravilloso sueño, que por convertirlo en realidad hubiera dado cualquier cosa.

Desde la fe sí es fácil ver a Dios como el padre universal que a todos los hombres hermana. En su amor encontramos las señas de identidad cristiana. Un amor que hace ensombrecer los amores de todas

las madres de todos los tiempos, juntos en un solo amor.

Este noble título de hijos de Dios, es un estigma en nuestro ser y una exigencia apremiante en nuestra vida, que por cierto no ha de ser nada cómoda, ya que toda dignidad y honor conlleva una gran responsabilidad. No será suficiente adherirse a unas verdades ni siquiera cumplir unos preceptos, necesitamos de la entrega, de la confianza, del abandono, como se hace con los padres, se trata de una oblación gozosa que rompe con todo egoísmo y en ocasiones nos impulsa a obrar en contra de todo sentido común. Digamos que es como firmar con Dios un cheque en blanco para que disponga libremente, sin que nosotros podamos pedirle nada a cambio y esto que duda cabe, exige una gran *conversión que* nos va a resultar difícil, sobre todo a nosotros que nos hemos acostumbrado a comercializarlo todo, incluso la misma religión, en ocasiones la vemos como un supermercado en el que realizamos nuestras compras también nuestras ventas y cambios, donde vamos a menudo a rebuscar en las ofertas y no faltamos nunca a las rebajas. Una religión de la que Dios es el jefe y nosotros intentamos sacarle todo lo que podamos, al menor coste posible.

En una ocasión cayó en mis manos una página inserta en los libros de los pequeños escolares, y me hizo pensar que la actitud justiciera del pequeño Carlos, con su madre, es la misma que nosotros mantenemos con nuestro padre Dios. Carlos era un niño de 10 años, ha visto como muchos proveedores de sus padres traen facturas y sus padres les dan dinero. A él se le ocurre pasar la suya y a la hora de la comida, la madre se encuentra con esta factura sobre el plato:

Mamá debe a su hijo Carlos :

Por varios recados 50 euros

Por ir con ella a la compra 20 euros

Por sus buenas notas en el colegio 100 euros

Por haber sido bueno 100 euros

Total 270 euros. Firmado Carlos.

Por la noche Carlos encontró los 270 euros. sobre su plato y una factura de la mamá que decía:

Carlos debe a su mamá :

Por más de cien noches sin dormir junto a él= nada

Por diez años de atenciones, inquietudes, alimentos, consejos, y sufrimientos de todo género= nada.

Por vestirle, llevarle de paseo, educarle= nada

Total = nada. Firmado: Mamá.

Cuando vió la factura Carlos se puso rojo, quedó un momento confuso y echó los brazos al cuello de su madre diciendo: Toma el dinero. Una madre no debe nunca nada a sus hijos.

Tampoco el padre Dios debe nada a los hombre, sus hijos. Son éstos los que se lo deben todo a Él. El hecho de que me quiera Dios, no depende de que yo lo merezca o desmerezca, de que sea justo o pecador.. El padre me ama gratuitamente ,. Él me comprende porque sabe muy bien de que barro estoy formado y me perdona mucho más fácilmente que yo a mi mismo. No tiene razones para amarme. Me ama porque me ama , Simplemente es un padre. ¿ Acaso una madre busca porqués para amar a sus hijos?.

Justos, nunca podremos serlo con Dios, por eso lo mejor es amarle y dejarnos amar por Él. Sencillamente aprender a ser hijos suyos, manteniendo siempre nuestro corazón abierto. Esto es suficiente y Él no nos pide más. Si de algo tenemos que arrepentirnos es de no amarle lo suficiente, aunque bien conoce las ansias de un corazón que quiere sólo para sí ,limpio y sin hipocresías.

Como simples criaturas que somos no podemos ser intachables, aspiramos a aprender a ser hijos tuyos y nada queremos pedirte , porque nos sobra con saber que Tú nos quieres. Si al final acabamos comprendiendo que Tú eres el padre universal de todos, habremos comprendido que podemos descansar confiadamente haciéndote alma de nuestras almas, vida de nuestras vidas, que podemos perdernos en Ti para que llegues a ser más nosotros que nosotros mismos. Ya no diré / más, Dios está en nuestro corazón Sino, nosotros estamos en el corazón de Dios.

Hemos sido llamados a experimentar la alegría de poderte llamar Señor y padre y eso nos basta; aunque reconozcamos lo que en realidad somos, Tu sigues amándonos en nuestra miseria; aunque de ti nos olvidemos. / Tu has de seguir pensando en nosotros. Cuando nos sentimos abandonados, despreciados y solos, sabremos que estás a nuestro lado. El pasado culpable nos aflige ,pero bien sabemos que eres padre perdonador de hijos pródigos. El futuro incierto nos inquieta

pero estamos seguros que cada minuto de nuestra vida será un minuto de tu amor hacia nosotros. Señor y Padre nuestro somos conscientes de que nunca podremos amarte como Tu mereces; pero Tú sólo nos pides que nos dejemos amar por Ti, sabiendo que estás en cada uno para vivir y amar por nosotros y eso nos basta.

Ángel Gutiérrez Sanz